

PRECIOS DE SUSCRICION.

	MES.	TRIMESTRE.
En Madrid.	10 rs.	30 rs.
En Provincias.	12	36
En el Extranjero.	24	72
En las Antillas.	24	72
En Filipinas.	24	72

Número suelto, un real.

Mientras las atenciones del periódico no lo impidan, se admitirán remitidos y comunicados a precios convencionales, y anuncios a medio real la línea.

EL ECO DE ESPAÑA se publicará todos los días, a excepción de los lunes y las grandes festividades del año.

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administración y Redacción de este periódico calle de la Visitación, núm. 8, cuarto segundo izquierda.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de las provincias, o por medio de libranza del Giro postal, o de billetes de correo, y también por letras de cambio, a favor de la Administración, de esta última manera o bien haciendo el abono en efectivo en la Administración, se servirán las suscripciones de Ultramar. En París, en la Agencia del Correo Autógrafo, Chausse d'Antin, 18.
El importe de las suscripciones que se envíen por cualquier clase de giro, se suplica que se verifique por medio de carta certificada como medio de evitar toda clase de extravío.

AÑO I.

MADRID.—MARTES 3 DE MAYO DE 1870.

NUM. 70.

CONSTITUCION DOGMÁTICA

SOBRE LA FÉ CATÓLICA.

Promulgada en la tercera sesión del Concilio ecuménico del Vaticano, celebrada el 24 de Abril de 1870.

Pío, obispo, siervo de los siervos de Dios, por la aprobación del sacro Concilio, para perpetua memoria del suceso.

El Hijo de Dios y Redentor del género humano, Nuestro Señor Jesucristo, estando para volver al Padre celestial, prometió que permanecería todos los días hasta el fin de los siglos con su Iglesia militante sobre la tierra. Por esto en ningún tiempo ha dejado de estar al lado de su esposa bien amada, asistiéndola con su enseñanza, bendiciendo sus obras y socorriéndola en sus peligros.

Esta Providencia saludable que ha brillado constantemente por otros innumerables beneficios, se ha manifestado principalmente por los frutos abundantes que el universo cristiano ha sacado de los Concilios, y en especial el Concilio de Trento, aunque fué celebrado en tiempos calamitosos. En efecto, gracias a ellos se han visto muy santos dogmas de la religión definidos con más precisión y expuestos con más amplitud; los errores condenados y detenidos, la disciplina eclesiástica restablecida y afirmada con más vigor, el clero excitado al amor de la esencia y de la piedad, establecidos colegios para preparar a los adolescentes a la santa milicia, en fin, las costumbres de los pueblos cristianos restauradas por la enseñanza más atenta de los fieles, y por el más frecuente uso de los sacramentos.

Además, se ha visto, gracias a los Concilios, más estrechada la comunión entre los miembros y la cabeza visible del cuerpo místico de Jesucristo, que recibía mayor vigor, multiplicándose las familias religiosas lo mismo que las demás instituciones de la piedad cristiana, y manteniéndose constantemente el celo, hasta el punto de derramar la sangre para propagar a lo lejos a todo el universo, el reino de Jesucristo.

Sin embargo, al recordar con júbilo del alma estos beneficios y otros varios que la Divina Providencia ha concedido a la Iglesia, sobre todo, por el último Concilio, no podemos contener la expresión de nuestro gran dolor a causa de los males gravísimos acaecidos principalmente porque muchos han despreciado la autoridad de este santo Sínodo y despreciado sus sabios preceptos.

En efecto, nadie ignora que después de haber rechazado el divino magisterio de la Iglesia, y de haber dejado la causa de la religión al juicio de cada uno, las herejías proscritas por los padres de Trento se han dividido poco a poco en múltiples sectas, separadas y en lucha entre sí, de tal modo, que no pocas han perdido toda fe en Jesucristo. Han llegado a no tener por divina la misma santa Biblia, que antes afirmaban que era la única fuente y el único juez de la doctrina cristiana, y la han asimilado a las fábulas místicas.

Entonces nació y empezó a extenderse por el orbe la doctrina del racionalismo o del naturalismo, que atacando por todos los medios a la religión cristiana, porque es una institución sobrenatural, se esfuerza con gran ardor en establecer el reino de lo que se llama la razón pura y la naturaleza, después de haber arrancado a Cristo nuestro solo Señor y Salvador del alma humana, de la vida y de las costumbres de los pueblos. Después de dejada y rechazada la religión cristiana, después de negado Dios y su Cristo, el espíritu de muchos se ha arrojado en los abismos del panteísmo, del materialismo y del ateísmo, hasta el punto de que negando la misma naturaleza racional y todas las reglas de lo recto y de lo justo, se esfuerzan por destruir los primeros fundamentos de la sociedad humana.

Ha sucedido, que habiéndose extendido esta impiedad por todas partes, hasta muchos hijos de la Iglesia católica se separaban del camino de la verdadera piedad, y se amenguaba en ellos el sentimiento católico por haber disminuido insensiblemente el número de verdades, porque arrastrados por diversas doctrinas extrañas y confundiendo maliciosamente la naturaleza y la gracia, la ciencia humana y la fe divina, se esforzaban por alterar el sentido propio de los dogmas que tiene y enseña la santa Madre Iglesia, poniendo en peligro la integridad y sinceridad de la fe.

Ante tan triste espectáculo, ¿cómo no habían de conmoverse las entrañas de la Iglesia? De la misma manera que Dios quiere que todos los hombres se salven, y que vengán al conocimiento de la verdad, así como Cristo vino para salvar a lo que había perecido, y para reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos, así la Iglesia, constituida por Dios, Madre y maestra de los pueblos, se reconoce deudora a todos y siempre está preparada y dispuesta para levantar a los caídos, sostener a los que vacilan, abrazar a los que vuelven, confirmar a los buenos y conducirlos a la perfección. Por lo

cual en ningún tiempo puede dejar de afirmar y predicar la verdad de Dios, que sana todas las cosas, no ignorando que se lo ha dicho: «El espíritu mío que está en tí, y mis palabras que puse en tus labios, no se apartarán de tu boca ni ahora ni nunca (1).»

Nosotros, pues, siguiendo las huellas de nuestros predecesores, cumpliendo nuestro apostólico ministerio, nunca hemos dejado de enseñar y defender la verdad católica, y de reprobar las malas y perversas doctrinas. Y ahora, sintiéndonos y juzgando con Nos todos los obispos del orbe, en este Sínodo ecuménico, congregado en el Espíritu Santo por autoridad nuestra, apoyados en la palabra de Dios escrita y en la transmitida por la tradición, según la recibimos santamente conservada y genuinamente expuesta por la Iglesia católica, desde esta cátedra de Pedro, delante de todos, hemos determinado enseñar y declarar la saludable doctrina de Cristo, proscribiendo y condenando con la potestad que Dios nos ha dado los errores contrarios a ella.

CAPITULO I.

DE DIOS, CREADOR DE TODAS LAS COSAS.

La santa Iglesia católica apostólica romana, cree y confiesa que existe un Dios verdadero y vivo, creador y Señor del cielo y de la tierra, omnipotente, eterno, inmenso, incomprendible, infinito por la inteligencia, la voluntad y por toda perfección; que siendo una sustancia espiritual, única, absolutamente simple é inmutable debe ser predicado realmente y por esencia distinta del mundo, felicísimo en sí y por sí, é inefablemente excelso sobre todas las cosas que pueden concebirse fuera de él.

Este solo Dios verdadero, por su bondad y su virtud omnipotente, no por aumentar su felicidad ni por adquirir, sino por manifestar su perfección por los bienes que distribuye a sus criaturas, y por su voluntad plenamente libre, creó de la nada al principio de los tiempos la criatura espiritual y la corporal, la angélica y la humana, y luego la criatura humana, como forma compuesta de espíritu y de cuerpo (2).

Dios protege y gobierna con su providencia todas las cosas que ha creado, abarcando fuertemente de un extremo a otro del universo, y disponiéndolo todo con suavidad (3). Todas las cosas están desnudas y abiertas ante sus ojos (4), hasta las que han de suceder por la acción libre de las criaturas.

CAPITULO II.

DE LA REVELACION.

La misma santa madre Iglesia cree y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser ciertamente conocido por las luces naturales de la razón humana, por las cosas creadas; porque las cosas invisibles de Dios son comprendidas por la criatura del mundo, por medio de las cosas creadas (5). Sin embargo, plugo a la sabiduría y bondad de Dios revelarse el mismo al género humano y revelarnos los decretos de su voluntad por otro camino, el sobrenatural, según dijo el apóstol: «Dios, que habló a nuestros padres de muchas maneras por los profetas, nos ha hablado últimamente en nuestros días por su hijo (6).»

Por esta revelación divina pueden conocerse pronto, hasta en el estado presente del género humano, con absoluta certeza y sin mezclarse ningún error, las cosas divinas que no son por sí inaccesibles a la razón humana. No se ha de decir que la revelación divina sea por eso absolutamente necesaria, sino que Dios, por su bondad infinita, ha ordenado al hombre para un fin sobrenatural; es decir, para participar de los bienes divinos, que superan absolutamente la inteligencia humana; porque el ojo del hombre no ha visto, su oído no ha escuchado, su corazón no ha podido elevarse a comprender lo que Dios ha preparado a los que le aman (7).

Esta revelación sobrenatural, según la fe de la Iglesia universal proclamada en el Santo Concilio de Trento, está contenida en los libros escritos y en las tradiciones no escritas, que recibidas por los apóstoles del mismo Cristo, ó transmitidas como por las manos de los mismos apóstoles, bajo la inspiración del Espíritu Santo, han llegado hasta nosotros (8). Y estos libros del Antiguo y del Nuevo Testamento deben ser tenidos por santos y canónicos, íntegramente, en todas sus partes tal como fueron enumerados en el decreto del Concilio de Trento y en la antigua edición latina de la Vulgata. La Iglesia tiene estos libros por santos y canónicos, no porque, compuestos por el solo ingenio humano, fueran luego aprobados por su autoridad, no solo porque con-

- (1) Is. LIX, 21.
- (2) Con. Lat. IV, c. I. Firmiter.
- (3) Sabiduría, VIII, 1.
- (4) Cf. Heb. IV, 13.
- (5) Rom. I, 20.
- (6) Heb. I, 12.
- (7) Cor. II, 9.
- (8) Conc. de Tren. Ses. IV. Decr. de Can. Script.

tienen la revelación sin error, sino porque, escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios por autor, y han sido entregados como tales a la Iglesia misma.

Pero porque algunos hombres juzguen mal lo que el Santo Concilio de Trento ha decretado saludablemente tocante a la interpretación de la Divina Escritura, a fin de poner los ánimos en rebeldía, Nos, renovando el mismo decreto, Nos declaramos que el espíritu de este decreto es que sobre las cosas de la fe y de las costumbres que conciernen al edificio de la doctrina cristiana, es preciso tener por verdadero sentido de la Santa Escritura, el que siempre ha tenido y tiene por tal nuestra santa Madre la Iglesia, a quien pertenece determinar el verdadero sentido y la interpretación de las Sagradas Escrituras; de suerte que a nadie es permitido interpretar la Escritura de modo contrario a este sentido, ni contra el sentimiento unánime de los padres.

CAPITULO III.

DE LA FÉ.

Dependiendo el hombre completamente de Dios como de su Criador y Señor; sometida absolutamente la razón creada a la verdad increada, debemos a Dios, por la fe, el homenaje completo de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad. Esta fe, que es el principio de la salvación del hombre, según profesión de la Iglesia católica, es una virtud sobrenatural por medio de la que, con la inspiración y gracia de Dios, creemos verdaderas las cosas que El nos ha revelado, no a causa de la verdad intrínseca de las cosas percibidas por las luces de la razón, sino a causa de la autoridad de Dios mismo, que nos las revela, y que no puede ni engañar ni ser engañado. Porque la fe, según el testimonio del apóstol, es la sustancia de las cosas que forman el objeto de la esperanza, la razón de las cosas invisibles (1).

Sin embargo, a fin de que el homenaje de nuestra fe estuviese de acuerdo con la razón, Dios ha querido añadir a los socorros interiores del Espíritu Santo las pruebas exteriores de su revelación, a saber: los hechos divinos, y sobre todo los milagros y las profecías, los cuales, al mostrar superabundantemente la omnipotencia y omnisciencia de Dios, son signos certísimos de la revelación divina y accesibles a la inteligencia de todos. Por eso Moisés, los profetas, y sobre todo Nuestro Señor Jesucristo, han hecho tantos milagros y tan manifestas profecías. Por eso se ha dicho de los apóstoles: «Y habiéndose marchado, predicaron por todas partes con la cooperación del Señor, que confirmaba su palabra, con los milagros que la seguían (2).» Y además: «Tenemos una palabra profética segura, a la cual hacéis bien de atender como a una luz que brilla en lugar tenebroso (3).»

Porque aunque el asentimiento de la fe no sea un ciego movimiento del espíritu, nadie, sin embargo, puede adherirse a la revelación evangélica, como es preciso para salvarse, sin una iluminación y una inspiración del Espíritu Santo, que da a todos la suavidad del consentimiento y de la creencia de la verdad (4). Y es porque la verdad en sí misma, aunque no obre por la caridad, es un don de Dios, y su ejercicio es una obra que se refiere a la salvación, acto por el cual el hombre ofrece a Dios mismo una libre obediencia, concurriendo y cooperando a su gracia, a la cual podría resistir.

Luego se debe creer con fe divina y católica todo lo que está contenido en las Santas Escrituras y en la tradición, y todo lo que enseña la Iglesia como verdad divinamente revelada, sea en virtud de un juicio solemne, sea en el ejercicio de su magisterio ordinario y universal.

Pero porque es imposible sin la fe agradar a Dios y entrar en participación con sus hijos, nadie se justifica sin ella ni llega a la vida eterna sin perseverar en ella hasta el fin. Y para que podamos cumplir el deber de abrazar la verdadera fe y permanecer en ella constantemente, Dios, por medio de su único Hijo, ha instituido la Iglesia y la ha provisto de notas visibles de su institución, a fin de que pueda ser reconocida por todos como la maestra y custodia de la palabra revelada. Porque solo a la Iglesia católica pertenecen esos caracteres tan numerosos y tan admirables, establecidos por Dios para hacer evidente la credulidad de la fe cristiana.

Así la Iglesia por sí misma, con su propagación admirable, su santidad eminente y su inagotable fecundidad para todo bien, con su unidad católica y su inmutable estabilidad, es un grande y perpetuo argumento de credibilidad, un testimonio irrefragable de su misión divina.

Y por eso como un signo erigido en medio de las na-

- (1) Hebr. XI, 1.
- (2) Marc. XVI, 20.
- (3) 2 Petr. I, 19.
- (4) Syn. Arous. II, can. 7.

ciones (1) atrae hacia sí a todos los que hasta ahora no han creído, y enseña a sus hijos que la fe que profesan se apoya sobre muy sólido fundamento.

A este testimonio se agrega el auxilio eficaz de la virtud que viene del cielo. Porque el Señor misericordioso excita y ayuda con su gracia a los que están en error, a fin de que puedan llegar al conocimiento de la verdad; y a los que ya ha sacado de las tinieblas, atrayéndolos a su admirable luz, los confirma con su gracia, que no falta sino cuando se huye de ella, a fin de que persistan en esa misma luz.

Así, muy diferente es la condición de las que se han adherido a la verdad católica por el don divino de la fe, de la de aquellos que guiados por las opiniones humanas, siguen una falsa religión; porque los que han abrazado la fe bajo el gobierno de la Iglesia, no pueden tener jamás ningún motivo justo para abandonarla y poner en duda esa fe. Hé aquí por qué dando gracias al Eterno Padre que nos ha hecho dignos de participar de la suerte de los santos en la luz, no debemos menospreciar tan gran ventaja; antes bien fijos los ojos en Jesús, autor y consumidor de la fe, debemos guardar el testimonio inquebrantable de nuestra esperanza.

CAPITULO IV.

DE LA FÉ Y DE LA RAZON.

La Iglesia católica ha sostenido siempre, y sostiene con consentimiento perpetuo, que existe un doble orden de conocimiento, distinto, no solamente en principio, sino en su objeto; en principio, porque en el uno conocemos por la razón natural, y en el otro por la fe divina; en su objeto, porque fuera de las cosas a que puede alcanzar la razón natural, hay misterios ocultos en Dios propuestos a nuestra creencia, que no podemos conocer sino por la revelación divina.

Por eso el apóstol, que afirma que Dios se da a conocer a las naciones por las cosas creadas, dice, sin embargo, a propósito de la gracia y de la verdad, que ha sido hecho por Jesucristo (2). Hablamos de la sabiduría de Dios en misterio, sabiduría oculta que Dios ha predestinado para nuestra gloria, antes de los siglos, y que ninguno de los príncipes de este siglo ha conocido; pero Dios nos la ha revelado por su espíritu, porque el espíritu escudriña todas las cosas, hasta las profundidades del mismo Dios (3). Y el unigénito Hijo, él mismo, da testimonio al Padre de que ha ocultado esas cosas a los sabios y a los doctos, y las ha revelado a los pequeños (4).

Cuando la razón, por su parte, iluminada por la fe, inquiere cuidadosamente, piadosamente y prudentemente, encuentra, por el don de Dios, alguna inteligencia muy fructuosa de los misterios, tanto por la analogía de las cosas que conoce naturalmente como por la relación de los misterios entre ellos y con el fin último del hombre, sin poder jamás percibirlos como las verdades que constituyen su objeto propio.

Porque los misterios divinos sobrenuevan de tal manera por su naturaleza el entendimiento creado, que, aún transmitidos por la revelación y recibidos por la fe, permanecen todavía cubiertos con el velo de la misma fe y como envueltos de una especie de niebla, mientras, como extranjeros, viajamos por esta vida mortal, fuera de Dios; porque marchamos guiados por la fe y no por la vista (5).

Pero aunque la fe esté por cima de la razón, no puede nunca haber entre ambas desacuerdo verdadero; porque es el mismo Dios, que revela los misterios y comunica la fe, y el que ha dado al espíritu humano la luz de la razón, y Dios no puede negarse a sí mismo, ni lo verdadero contradecir jamás a lo verdadero. Esta imaginaria apariencia de contradicción procede principalmente, ó de que los dogmas de fe no han sido comprendidos y expuestos según el espíritu de la Iglesia, ó de que los errores de la opinión son tomados por juicios de la razón. Declaramos, pues, absolutamente falsa toda proposición contraria a una verdad atestiguada por la fe (6).

La Iglesia, que ha recibido, con la misión apostólica de enseñar, el mandato de guardar el depósito de la fe, tiene también de Dios el derecho y el cargo de proscribir la falsa ciencia, a fin de que nadie sea engañado por la filosofía y la vana sofística (7). Por lo que todos los fieles cristianos, no solamente no deben defender como conclusiones ciertas de la ciencia las opiniones que se sabe son contrarias a la doctrina de la fe, sobre todo cuando aquellas han sido reprobadas por la Iglesia, sino además deben tenerlas por erróneas cubiertas con la engañosa apariencia de la verdad.

- (1) Is. XI, 12.
- (2) Juan. I, 17.
- (3) 1. Cor. II, 7, 9.
- (4) Math. XI, 25.
- (5) 2 Cor., v. 7.
- (6) Conc. de Letran, v. Bula Apostolici regiminis.
- (7) Colos. H, 8.

da, de la que se sacaba en limpo que M. Mazeran acababa de ser preso y metido en un coche.

—Desgraciadamente es cierto, dijo M. Ernest Martigné que llegaba detrás de su hijo. Valentin ha sido preso por dos agentes que le expiaban, y ahora vá camino de Cliehy.

—¡Dios mío, Dios mío! exclamó Julia sollozando.

—Es un escándalo que recae sobre toda la casa, dijo M. Vincent Martigné. Reciba V. por esto a semejantes sujetos.

—Perdone V., Genoveva, dijo Mad. Bartelle; pero olvida V. que Valentin es primo mío y de Clemencia.

—Siempre tomáis su defensa, contestó ágramente la viuda.

—Seguramente, replicó Mad. Bartelle. Valentin es el único pariente que me queda por la línea de mi pobre padre, y le estimo tanto más, cuanto que me consta que es bueno y cariñoso, a pesar de sus locuras.

—¡Silencio, escuchad! dijo M. Martigné, dirigiéndose a los niños que disputaban con gran animación.

—He defendido a Valentin, decía Federico, pero los dos hombres eran más fuertes que yo.

—¡Si hubiera estado yo allí! decía Emma blandiendo su pequeña azada.

—¡Si vierais! les he dado muchos puñetazos. ¡Pues y puntapiés! De seguro tienen cardenales en las piernas!

—¡Federico, dijo entonces M. Martigné, vas a subir a su cuarto y quedarte en el castigado hasta la hora de comer.

—¿Por qué, papá? dijo el diablillo.

—Porque has pegado a los representantes de la autoridad legítima: se me han quedado, y no he tenido más remedio que darte diez francos para calmarlos.

—¿Es verdad eso? preguntó por lo bajo Mad. Martigné.

—No puede serlo más, respondió Ernest en el mismo tono. ¡Si hubieras visto cómo se portaba el valiente!

Mad. Bartelle y Clemencia intercedieron en favor del

Y no solo la fe y la razón no pueden jamás estar en desacuerdo, sino que se prestan mutuo apoyo: la recta razón demuestra los fundamentos de la fe, y esclarecida por su luz, desarrolla la ciencia de las cosas divinas; la fe libera y previene a la razón de los errores, y la enriquece de un conocimiento multiplicado. Lejos, pues, de que la Iglesia sea opuesta al estudio de las artes y las ciencias humanas, las favorece y propaga de mil maneras, porque no ignora ni desprecia las ventajas que de ello resultan para la vida humana; reconoce, por el contrario, que las ciencias y las artes proceden de Dios, maestro de las ciencias, y que si son convenientemente dirigidas, deben también dirigir hacia Dios con la ayuda de la gracia; ni prohíbe seguramente que cada una de estas ciencias en su esfera, se sirva de sus propios principios y de su método particular; pero reconociendo esta justa libertad, vela cuidadosamente para que no se pongan en oposición con la doctrina divina admitiendo errores ó traspassando sus límites respectivos para invadir y turbar lo que es del dominio de la fe.

Porque la doctrina de la fe que Dios ha revelado, no ha sido propuesta como una invención filosófica al perfeccionamiento del género humano, sino que ha sido transmitida como un divino depósito a la Esposa de Cristo para ser fielmente enseñada. Así se debe sostener siempre el sentido de los dogmas sagrados que la Santa Madre Iglesia ha determinado una vez para todas, y no apartarse jamás de ellos en nombre y con pretexto de una inteligencia superior.

Crecen, pues, y multiplíquense abundantemente en todos y en cada uno, en todos los hombres y en toda la Iglesia, durante el curso de las edades y de los siglos, la inteligencia, la ciencia y la sabiduría, pero en tal orden conveniente, es decir, en la unidad de dogma, de sentido y de sentencia (1).

CANONES.

I.

DE DIOS CREADOR DE TODAS LAS COSAS.

1. Si alguno negare a un solo y verdadero Dios Creador y Señor de todas las cosas visibles é invisibles, sea anatema.
2. Si alguien osare afirmar que nada existe fuera de la materia, sea anatema.
3. Si alguno dijere que la sustancia ó esencia de Dios y todas las cosas es una sola é idéntica, sea anatema.
4. Si alguno dijere que las cosas finitas, ya corporales, ya espirituales, ó al menos las espirituales, son emanaciones de la sustancia divina, ó que la esencia divina hizo todas las cosas por una evolución ó manifestación de sí misma;

O finalmente, que Dios es un ente universal ó indefinido, el cual, determinándose, constituye la universalidad de las cosas, distinta en géneros, especies é individuos, sea anatema.

5. Si alguno no confesase que el mundo y todas las cosas que en él están contenidas, espirituales y materiales, fueron, según toda su sustancia, sacadas de la nada por Dios,

O dijere que Dios no las creó por su voluntad libre de toda necesidad, sino con la necesidad con que se ama a sí mismo,

O negare que el mundo haya sido formado para la gloria de Dios, sea anatema.

II.

DE LA REVELACION.

1. Si alguno dijere que Dios, uno y verdadero, Creador y Señor nuestro, no puede ser conocido ciertamente con la natural luz de la razón humana, por medio de las cosas creadas, sea anatema.
2. Si alguno dijere que es imposible ó inconveniente que el hombre sea enseñado por revelación divina acerca de Dios y del culto que se le debe, sea anatema.
3. Si alguno dijere que el hombre no puede ser elevado divinamente al conocimiento y a la perfección que traspasan el orden natural, sino que puede y debe llegar en virtud de sus propias fuerzas con continuado progreso a la posesión final de lo verdadero y de lo bueno, sea anatema.
4. Si alguno no recibiere como sagrados y canónicos los libros íntegros de la Sagrada Escritura con todas sus partes, según los enumeró el santo Concilio de Trento, ó negase que fueren divinamente inspirados, sea anatema.

III.

DE LA FÉ.

1. Si alguna dijere que la razón humana es de tal manera independiente que la fe no le puede ser mandada por Dios, sea anatema.
2. Si alguno dijere que la fe divina no se distingue de la ciencia natural acerca de Dios y de las cosas morales, y que por consiguiente no se requiere para la fe di-

(1) Vicent. de Lerins, Common. núm. 28.

FOLLETIN.

UN PARENTESCO FUNESTO.

(Continuación.)

—¿Y qué sacas, en conclusión? preguntó Mad. Martigné, que con un oído escuchaba las palabras de su primo, y con otro las declaraciones de Savinien.

—Saco, en conclusión, que dadas dos primas, la una con pelo negro y la otra con el cabello castaño claro, esta última aconseja mejor que...

—¡Valentin! exclamó Mad. Martigné, que movió su butaca algunos pasos hacia atrás é hizo señas a Mazeran para que se aproximase a ella.

Este obedeció.

—Supuesto que encuentras a Julia tan superior a mí, le dije en voz baja, ¿por qué no le haces la corte?

—Porque soy un majadero.

—Ya sabes que tu inconstancia no me hará morir de pesar. Aún me quedan bastantes adoradores.

—Sí, pero las coquetas se parecen a los naturalistas: prefieren las especies raras, y yo soy único en la mia.

—A Dios gracias... Pero señores, dijo Clemencia, alzando la voz, no sabéis que esta noche hemos tenido fuego en casa; poco ha faltado para que nos abrasásemos todos.

—Dios mío, exclamó Savinien, levantando al cielo los ojos y las manos.

—¡Demonio, dijo Valentin, conteniendo un estremecimiento involuntario.

—¿Qué hubiérais hecho si hubierais estado presentes? preguntó Clemencia que, como los triunfadores romanos gustaba de hacer gala de los esclavos encadenados a su carro.

—Me hubiera precipitado en las llamas para salvarle a morir contigo, exclamó Guitarnau.

—¿Y tú, Valentin?

—Yo, hubiera corrido a llamar a los bomberos.

Todo el mundo se echó a reír. Clemencia hizo un ademán de impaciencia. Una de sus quejas contra Valentin, era que se negaba obstinadamente a hacer alarde de su amor en provecho del orgullo de su prima. A solas hablaba con elocuencia de su cariño, pero cuando había espectadores todo lo echaba a broma.

—¿Es decir que me hubieras dejado abrazar?

—Puesto que tenías para salvarte a Mr. Savinien...

—¿Y Julia?

—¡Oh! dijo con meliflua sonrisa Mad. Genoveva Martigné, M. Morany se hubiera encargado de Mad. Bartelle.

—De seguro, exclamó M. Morany, que había entrado sin que nadie se apercebiese de ello, porque tenía en todos sus movimientos una flexibilidad y una ligereza propias de la raza felina.

—Pues entonces, Valentin, dijo Clemencia algo picada, tú hubieras sido el único que no hubieras salvado a nadie.

—Perdona, me hubiera salvado a mí mismo.

—¿Egoísta!

—Pues bien; si quieres saber la verdad, hubiera salvado...

—¿A quién? preguntó Genoveva, cuyos ojos brillaron con maligna curiosidad en el fondo de su caverna.

—Pues bien; a V., señora Genoveva, exclamó Valentin con un acento tan dramático que todo el mundo soltó la carcajada.

—Si creéis, murmuró Genoveva, que es algo capaz...

—Soy más robusto de lo que parece, replicó Valentin, examinando a la rechoncha viuda como si quisiese calcular su peso.

Mad. Genoveva Martigné se burlaba fácilmente de los demás; pero no podía sufrir la broma más ligera. Julia comprendió que iba a responder de un modo ofensivo, y se apresuró a cambiar de conversación. Se habló más

seriamente de aquel principio de incendio, llegándose por un orden natural a discurrir aquella serie inexplicable de accidentes y de crímenes que desde aquel tiempo perseguía a la familia.

En cuanto a mí, dijo Morany, no me cansaré de repetir que deberíamos alejarnos de París y establecernos en algún país donde nadie nos conociese. Quizás de este modo se libertaría nuestra familia de la misteriosa fatalidad que desde hace algún tiempo la persigue.

—¡Dejar a París! murmuró Genoveva suspirando.

Valentin se opuso

vina que la verdad revelada sea creída por la autoridad de Dios que revela, sea anatema.

3. Si alguno dijere que la revelación divina no puede hacerse creíble por signos externos, y que por consiguiente los hombres deben ser movidos á la fe solamente por la experiencia interna ó inspiración privada de cada uno, sea anatema.

4. Si alguno dijere que los milagros no son posibles, y por tanto que todas las narraciones de ellos, aun las contenidas en la Sagrada Escritura, se han de relegar á las fábulas ó mitos; ó que los milagros no pueden jamás conocerse por certidumbre, ni servir de prueba del origen divino de la religión cristiana, sea anatema.

5. Si alguno dijere que el asentimiento de la fe cristiana no es libre, sino producido necesariamente por los argumentos de la razón humana; ó que la gracia de Dios es necesaria solamente para aquella fe viva que obra por la caridad, sea anatema.

6. Si alguno dijere que es igual la condición de los fieles y de aquellos que no han llegado todavía á la fe única verdadera, de modo que los católicos puedan tener causa justa de poner en duda, suspendiendo el asentimiento, la fe que recibieron bajo el magisterio de la Iglesia, hayan completado la demostración científica de credulidad y de la verdad de su fe, sea anatema.

IV.

DE LA FÉ Y DE LA RAZÓN.

1. Si alguno dijere que no hay en la revelación divina misterios verdaderos y propiamente tales, sino que todos los dogmas de fe pueden ser entendidos y demostrados por la razón instruida regularmente de los principios naturales, sea anatema.

2. Si alguno dijere que las ciencias humanas deben ser tratadas con tal libertad que sus aseveraciones, aunque se opongan á la doctrina revelada, pueden ser tenidas como verdaderas, y no pueden ser proscritas por la Iglesia, sea anatema.

3. Si alguno dijere que es posible alguna vez que según el progreso de la ciencia se haya de dar otro sentido que aquel que entendió y entiende la Iglesia á los dogmas por la misma Iglesia, sea anatema.

Así, pues, cumpliendo el cargo de nuestro supremo pastoral oficio, rogamos por las entrañas de Jesucristo, y mandamos por la autoridad del mismo Dios y Salvador nuestro, á todos los fieles de Cristo, y señaladamente á aquellos que presiden ó tienen el cargo de enseñar, que dirija sus estudios y trabajos á combatir y arrojar de la Iglesia estos errores, y á extender la luz de la purísima fe.

Mas porque no basta evitar la herética praviidad, sino que es necesario huir con diligencia de los errores que más ó menos se le acercan, advertimos que han de ser guardados todos los decretos y constituciones por los cuales semejantes malas opiniones, aquí expresamente no enumeradas, han sido proscritas y prohibidas por la Santa Sede.

EL SR. RIVERO Y EL SUFRAGIO UNIVERSAL.

Aunque procuramos tener á nuestros lectores muy al corriente de todo cuanto sucede en los alcázares de la situación, son tantas las peripecias, son tan grandes las variaciones, es tan terrible la confusión, se dicen tan grandes verdades los vencedores unos á otros, que no es posible en muchas ocasiones dar cuenta exacta y detallada de todos los acontecimientos, de todos los incidentes, y ni aun exponer de una vez todos los argumentos que nos ocurren sobre un mismo acto y sobre un mismo suceso.

Cuando no imperan los principios, cuando se hace pública gala de inconsecuencia, los partidos y los gobiernos marchan desdoblados como caballos sin brida, y no se pueden prever sus salidas, y algunas sorprenden tanto, que dejan el ánimo como en suspenso sin dar lugar por de pronto á la reflexión madura.

En otras épocas el gobierno, cualquiera que fuera su procedencia, cualquiera que fuera el principio que representaba ó la doctrina que quería hacer prevalecer, tenía una pauta fija, una conducta regular, y ningún ministro se dejaba llevar de sus arrebatos personales hasta el punto de desautorizar con su palabra los principios mismos por cuya virtud era gobierno, y que debía procurar fortalecer y acreditar.

Ahora sucede todo lo contrario: estos Catones que ha enaltecido la revolución de Setiembre, que están poseídos de un amor propio tan satánico, de una vanidad tan insensata, que se irritan al menor contratiempo, que se enfurecen á la menor repulsa, que tiran de la manta, como suele decirse, y descubren su propia miseria por satisfacer la pasión del momento, por herir al que les hace la menor observación, aunque en rigor sean ellos los verdaderos heridos y destruidos; estos Catones, repetimos, son la antítesis de aquel célebre Catón romano y la antítesis del verdadero patriota y de todo hombre político y de gobierno.

El ministro de la Gobernación, D. Nicolás María Rivero, es el más intemperante de todos los ministros, y es el más soberbio mandarín que se ha sentado en el banco azul, sin guardar miramientos de ninguna especie con los diputados, y poniendo de manifiesto las debilidades y flaquezas de la revolución de Setiembre.

Cuando el Sr. Rivero hacia la oposición al general O'Donnell y aun á los gobiernos moderados, se iba con más pulso y con más tiento; y para casos apurados, y cuando su partido le aguijoneaba para que arriera en la oposición contra aquellos gobiernos, siempre tenía el Sr. Rivero á mano el gran recurso oratorio de disertar largamente sobre la raza latina y sobre la raza anglo-sajona, haciendo una recorrida de Oriente á Occidente, con lo cual salía del paso, y se acreditaba el señor Rivero de circunspecto y hasta de hombre de gobierno.

Los pobres revolucionarios murmuraban, pero tragaban los anzuelos que les preparaban sus jefes.

Ahora sucede todo lo contrario. Desde que el Sr. Rivero se hizo hombre célebre por la revolución, á que no concurrió sino muy débilmente; desde que el Sr. Rivero, dando tumbos por lo alto, se hizo alcalde popular de Madrid, jefe de voluntarios, guardián de cimbrios, vicario de conventos destruidos, patrocinador de empréstitos y ministro de la Gobernación, ha perdido aquel aplomo que le era habitual en medio de los vaivenes; y ya sea extrañeza de la propia posición, ya sea arrogancia, ó ya sea desvanecimiento, el hecho es que va cayendo de su antigua fama, y que es el ministro de la Gobernación más vulgar y que más compromete al gobierno.

No habíamos ya de su actividad y de su iniciativa como hombre político; porque en este concepto se ha desacreditado de todo punto. Una dichosa circular dirigida á los gobernadores de provincia se viene anunciando hace tres meses, y la

tal circular no llega á las columnas de la Gaceta, ni creemos verá ya la luz pública de puro desdén antes de nacer.

El arreglo del ministerio de la Gobernación, que cualquier auxiliar encargado del personal le hubiera hecho en veinticuatro horas, ha tardado otros tres meses el Sr. Rivero para circularle, y se han empleado más Consejos de ministros que para buscar rey, y más tiempo que para resolver la cuadratura del círculo.

Todos los ramos de la administración propiamente dicha, están des-arreglados y perdidos; de manera que, como ministro de la Gobernación, el Sr. Rivero ha hecho un completo fiasco, y se ha desacreditado aun en el seno de sus más íntimos amigos; pero sobre todo, donde le falta aplomo, discreción, juicio y dignidad, es en el Parlamento, cosa tanto más de extrañar, cuanto que el señor Rivero no es de esos ministros que han asaltado la posición ministerial sin haber estado antes varias veces en el Congreso, habiendo podido aprender cómo se tratan las cuestiones y cómo se trata á los diputados.

Ya hemos llamado la atención de nuestros lectores sobre la mayor parte de los incidentes grotescos que tuvieron lugar en la última sesión; pero hubo una cosa más grave que el tiroteo de personalidades y de frases de mal gusto, que hemos reservado de intento para tratarle separadamente, porque se presta á comentarios tristes y dolorosos.

El señor ministro de la Gobernación, dirigiéndose al diputado marqués de Santa Marta, le dijo: «S. S. ha sido concejal de Madrid porque yo he querido, que de otro modo no lo hubiera sido.»

Este fué para nosotros el incidente más grave de toda la sesión, y que nos conviene dejar consignado para ulteriores procedimientos y aclaraciones.

A nosotros no nos sorprende que la cosa haya pasado como ha dicho el Sr. Rivero: al contrario, nos parece la cosa más natural del mundo. Nosotros sabemos perfectamente, que cuando un hombre se apodera por casualidad y por sorpresa de una posición como la alcaldía popular de Madrid y la comandancia de los voluntarios, creemos que ese hombre puede hacer regidores, no decimos á los marqueses de Santa Marta, sino á los mozos que le sirven el café. Lo que no comprendemos es que eso lo diga el Sr. Rivero, sosteniendo al mismo tiempo que él y sus colegas han sido elegidos por el sufragio universal; y que el tal sufragio universal es una gran conquista, y es un gran derecho, y que ha sido preciso nada menos que una revolución para conocer sus maravillosos efectos.

No: nosotros sabíamos ya perfectamente lo que era el sufragio universal en un pueblo que carece de la suficiente ilustración. Nosotros sabíamos que no era signo de progreso, que no era síntoma de civilización, y que el sufragio universal serviría solo para que el Sr. Rivero y otros cincuenta alcaldes nombrados en los hervores de la revolución pudieran elegir individuos de ayuntamiento á sus compadres, para que luego estos ayuntamientos eligieran diputados á Cortes á sus cómplices, sin perjuicio de que el día que no pudieran entenderse dijeran la verdad sin sentir y sin querer á los ojos de la nación, descubriéndose tan pederastros como son.

El sufragio universal es mucho más cómodo para estos manejos que el sufragio limitado.

Con el sufragio universal el poder público, el ministerio, tendrá siempre más medios de hacerlo que quiera.

El sufragio universal es como los líquidos que se acomodan por necesidad á la forma de todas las vasijas; y así se ha visto cómo después de tanto como se ha discutido, y después de tanto como se ha ponderado por unos la excelencia de este derecho, y se ha probado por nosotros su ineffectividad, el mismísimo Sr. Rivero en persona nos ha venido á dar la razón, demostrando que el resultado del sufragio universal es el que quiera un alcalde.

El que tiene el alcalde suyo, tiene el sufragio universal en el bolsillo.

A esto quedan reducidos los derechos imprescriptibles, naturales, ilegibles, inalienables, etc., etc.

Para condenar á la revolución y sus efectos, no hay como buscar la lengua á los revolucionarios y hacerles hablar.

Para ellos, hablar es reventar. Por eso observamos el fenómeno de que la mayor parte comen y callan.

No es á mal hacer. Es simplemente por no comprometerse.

CONTINUACION DE LA CRISIS.

El acontecimiento político de los dos últimos días, ha sido el Consejo de ministros celebrado el domingo, y sus consecuencias.

Según las más autorizadas versiones, se trataba de resolver de una vez la crisis que hace tiempo viene consumiendo al ministerio; crisis que se había personalizado en los ministros de la Gobernación y de Hacienda, pero que era de las dos influencias que hoy luchan en las interioridades de la situación: la progresista y la democrática ó cimbria.

Parece que en el citado Consejo se planteó la cuestión por el Sr. Rivero, tomando por base punto de partida ó argumento principal la tristísima situación á que ha reducido á todas las provincias el desastroso plan financiero del actual ministro de Hacienda. Ni las diputaciones ni los ayuntamientos tienen recursos para atender á sus más perentorias obligaciones; el Sr. Rivero, acosado á reclamaciones por todas partes, ha querido librarse de la responsabilidad que pudiera imponerse moralmente por el estado aflictivo á que se hallan reducidas aquellas corporaciones, descargándola sobre el verdadero causante de tan desconsoladora situación.

Acercas de este particular, parece que se adoptó alguna resolución, pues los periódicos de ayer anunciaban que el Sr. Figuerola, en un arranque de esplendor, ha dispuesto que se abone á las diputaciones provinciales la cantidad de trece millones, con lo cual dicen que podrán aquellas salir de sus apuros. Lo que se les debe ascendiendo á ochenta millones, y darles solo trece demuestra cómo se hallan atendidos los servicios públicos por el flamante ministro de Hacienda.

Volviendo al asunto de la crisis, diremos que

todos los periódicos tienen la discreción de callar lo que aconteció en el Consejo, no debiendo atribuirse su silencio á ignorancia de lo que hubiese ocurrido, pues no hay uno siquiera que no manifieste estar perfectamente enterado del espíritu que reinó, y de quién y cómo inició la cuestión, y de lo levantado y patriótico de los propósitos manifestados por tal ó cual ministro. Debe más bien atribuirse esa reserva á la gravedad de las cuestiones allí tratadas, y al mal aspecto que presentaron por dentro y por fuera las cuestiones allí planteadas, como lo demuestra el hecho de no haberse podido resolver ninguna, habiendo convenido en aplazarlas todos los ministros hasta la llegada del Sr. Olózaga, á quien el gobierno ha llamado, recomendándole que venga con toda premura.

Entretanto los periódicos cimbrios se muestran, más que alarmados, llenos de despecho, porque suponen que al fin serán vencidos sus hombres en la contienda, quedando el campo de libre disposición de los progresistas. Otros se extienden en suposiciones, cálculos y cálculas acerca de lo que acontecerá tan pronto como llegue el Sr. Olózaga, y le atribuyen á un tiempo tres ó cuatro propósitos inconciliables: uno de ellos es el de que viene resuelto á hacer los mayores esfuerzos para establecer de nuevo la conciliación entre progresistas y unionistas, y hacer que á todo trance se revista al regente de todas las facultades que desea, y parecen necesarias para el más desahogado desempeño de su cargo.

Lo que nosotros creemos es que el Sr. Olózaga viene para ser el mayor y quizás la última insoluble complicación. Es muy posible que varíe algo su grito de 1843, y que en vez de entonar la famosa *salve*, venga á decir: «¡Salvese quien pueda!»

Hé aquí lo que acerca del asunto encontramos en algunos colegas:

El Imparcial.

EL CONSEJO DE AYER.

«Difícil es apreciar las consecuencias políticas que han de surgir por virtud del Consejo de ministros celebrado ayer. En la necesidad de atender al conflicto gravísimo en que se hallan nuestras corporaciones populares por la ineficaz gestión económica del Sr. Figuerola, es natural que el Consejo consagrara su preferencia á este asunto, que de un momento á otro pudiera convertirse en cuestión de orden público. Así sucedió, en efecto, acordándose las resoluciones que en otro lugar damos á conocer.

Pero al estado á que han venido á parar las cosas en presencia de las grandes incertidumbres del porvenir, y dada la actitud ya dibujada de las fracciones que componen la mayoría radical, el Consejo de ministros no podía prescindir de abordar las cuestiones políticas.

No en vano, pues, hablamos ayer, porque creíamos llegado el momento de despejar la situación de toda nebulosidad para ofrecer al país más diáfanos horizontes de los que hoy se presentan á su vista.

Un periódico, sin embargo, ocupándose de nuestro artículo y de los comentarios de que fué objeto, niega que haya surgido la crisis en el seno del Gabinete, y dicho se está que, siendo *La Correspondencia* el periódico aludido, hay ya seguridad que nuestras indicaciones, quizá sin autoridad para algunos por ser al fin producto de un criterio falible, corresponden perfectamente á la altura del barómetro político.

Y si no, examinemos el resultado del Consejo de ministros, por lo que se refiere á la marcha general de la situación, y ateniéndonos á los informes que se nos han dado.

Parece que terminada la larga y áun calurosa discusión en que fueron principales contendientes los ministros de Gobernación y de Hacienda, iniciase, no sabemos por quién, la necesidad de tratar resultando los complejos problemas que traen dividida y perturbado el campo de la política, y en el mayor desconcierto al país.

Y tan resueltamente hubieron de hablar los que desean á todo trance aclarar la situación, que bien sea porque el Consejo apreciara como bastante graves las consecuencias de una decisión poco meditada para hacer necesario el concurso de las primeras inteligencias del partido radical; bien porque haya esperanza de hallar más adelante soluciones francas y decisivas, es lo cierto que los problemas se iniciaron pero no se discutieron; que se reconoció la necesidad de afrontarlos, pero nada se hizo en este sentido; y que como remedio heroico se apeló al sistema socorrido de los aplazamientos, hábiles y provechosos en momentos de calma y cuando el país nada pierde con ellos, pero que en momentos críticos como el actual suelen ser síntomas de una gran debilidad.

Se aplazo, pues, el instante solemne de las decisiones, aunque tenemos la evidencia de que el aplazamiento no ha de prolongarse más tiempo que el necesario para que llegue á Madrid alguno de los hombres importantes de la mayoría que se encuentra en el extranjero.

Lo que sucederá en el Consejo magno para entonces anunciado, será temeridad asegurarlo. Tales y tan sorprendentes pueden ser las soluciones que allí se ofrezcan por los prohombres del radicalismo, que no nos maravillaría ver surgir un programa completo de gobierno bastante concreto y decisivo para conjurar los males que el país lamenta, aunque esto nos parece sobrado difícil si no atenemos á los precedentes del momento.

Nosotros, que damos más importancia á los hechos que á las personas, y que no pecamos de confiados cuando por exceso de candidez pueda resultar un gran perjuicio para el país y para nuestras ideas, insistimos por lo tanto en que los ministros de origen democrático deben abandonar el poder para dejar que la política siga desembarazadamente por las corrientes que de algún tiempo á esta parte privan en las esferas oficiales, y sobre todo en la Asamblea Constituyente.»

La Epoca.

La crisis ministerial ha tomado ya decididamente el carácter que la política hoy dominante comunica á todos los asuntos sobre que extiende su funesta acción. La crisis ha sido iniciada, claramente planteada; pero en el mismo acto ha quedado aplazada. Es una cuestión más añadida á tantas otras cuestiones que se hallan en las mismas circunstancias; está, como la elección de monarca, como la constitución del Senado, como la inamovilidad de la magistratura, como la Constitución de Puerto-Rico, como las incompatibilidades parlamentarias, como el presupuesto de ingresos, como tantas y tantas otras cosas. La fórmula de la crisis, lo mismo que de casi todas las graves cuestiones pendientes, se compone de estas dos proposiciones contradictorias: «Esto no puede durar; esto no puede concluir.» Entre dos imposibilidades que no pueden coexistir, y que, sin embargo, todo el mundo cree ver y tocar, la imposibilidad de vivir y la imposibilidad de morir, va arrastrándose pobre y trabajosamente la situación empeorada en Setiembre de 1868.

El motivo aparente, la ocasión de esta nueva crisis parcial del ministerio, pues sabido es que crisis generales no las hay ahora ni las hubo en el biano de 1854 á 1856, bajo el régimen parlamentario de los progresistas, que en esto como en otras muchas cosas se diferencia del régimen parlamentario conocido en todos los países constitucionales, ha sido la miseria á que el sistema financiero del Sr. Figuerola tiene reducidos á los es-

tablecimientos provinciales y municipales de beneficencia.

Pero el motivo verdadero es la disidencia, cada vez mayor, entre los elementos progresistas y esa fracción poco numerosa de hombres que, colocados entre la república y la monarquía, han peleado denodadamente contra aquella después de haber sido los fundadores y los apóstoles del partido republicano en España, y que muchos creen en camino de renegar de los principios monárquicos después de haberlos defendido á sangre y fuego contra sus antiguos amigos y discípulos. Son tales las dificultades que los cimbrios crean á los progresistas, que no es de extrañar que estos se resistan á seguir accediendo á las insaciables exigencias con que aquellos los molestan, y por excesiva deferencia, á las cuales han consentido ya en tantas cosas, que no corresponden á sus tradicionales doctrinas y á sus constantes antecedentes.

¿Qué aconsejara, cuando llegue, el Sr. Olózaga? Creemos que su dictamen será favorable á que continúe, ó mejor dicho, se restablezca la conciliación de los partidos revolucionarios; nos parece muy probable que, en el caso de comprender que no hay ya manera posible de reunir para una obra común á progresistas, cimbrios y unionistas, se incline, ó á que los progresistas prefieran la alianza de la unión liberal á la de los cimbrios, ó á que se forme un ministerio de progresistas solos, no siendo en ningún caso su voto favorable á la prolongación del estado actual de las cosas; tenemos por seguro que traerá datos y noticias en gran número para probar cuán grandes son los peligros de la continuación de la interinidad, que vistos desde París no le habrán parecido menores que nos parecen á los que de cerca los sentimos; datos y noticias que para nada servirán, porque no harán más posible por el pronto ninguna candidatura; y no nos atreveríamos á afirmar que el Sr. Olózaga se encargue, con condiciones de ninguna clase, de ponerse al frente de los negocios, como debería hacerlo, por regla general, quien es llamado de la embajada de París para que venga á resolver una crisis ministerial.

Y en otro lugar:

«Con razón poníamos en duda que, no obstante los motivos de disidencia que hay en el gabinete; no obstante el lenguaje de los diarios democráticos y progresistas, y á pesar, en fin, del aspecto del salón de conferencias, estallara ayer todavía la crisis ministerial que se venía anunciando. El Consejo de ministros fué largo, como que duró cerca de cinco horas, y no es poco lo que se puede hablar en este tiempo. Cuidado, sin embargo, de que la palabra *Correspondencia*, por medio de su numerosa tirada, hiciera saber que nada había acontecido de notable, y en efecto, publicaba á última hora el siguiente párrafo:

«El Consejo ha durado desde las dos y media á las siete próximamente. No sabemos qué asuntos se hayan tratado además de la cuestión de Hacienda y del indulto de que en otro lugar hablamos; pero nos consta que los ministros han salido contentos, que no hay crisis y que mañana no habrá Consejo.

Después de la reunión han ido á pasear juntos los Sres. Prim, Rivero y Sagasta.»

La circunstancia de ver pasear juntos al presidente del Consejo con los dos ministros que se suponen más en disidencia, ha debido desorientar á los que solo se detienen en la superficie de las cosas. Sin embargo, la crisis, que ayer nos parecía poco probable, sobrevendrá á su tiempo, esto es, en el momento en que las leyes orgánicas hayan sido votadas.

El indulto que se propuso al regente, y á que este accedió, fué el de José Rodríguez, sentenciado á pena capital por el consejo de guerra de Gracia, y á quien se ha conmutado esta sentencia por la de presidio, que irá á cumplir á las islas Marianas, por no haberle probado que fuera el autor del asesinato del alcalde de Sana.

No explica *La Correspondencia* á qué se redujeron las deliberaciones de los ministros sobre la cuestión de Hacienda, ni si se tomó un acuerdo definitivo sobre la cuestión de incompatibilidades, que tanto viene preocupando á la Cámara. Pero nuestro colega noticiero, en los párrafos que precedían al resultado del Consejo de ministros, no ocultaba la creencia que prevalecía como más probable en el salón de conferencias, de que saldría algún ministro democrata, haciendo extensiva algunos la crisis á los Sres. Rivero, Echegaray y Moret, representantes del elemento democrático.

Daba, añade *La Correspondencia*, fundamento aparente á esta suposición la actitud de uno de los diarios democráticos de la mañana, y las palabras de algún diputado de la misma procedencia que públicamente manifestaba, que aunque no fuera más que como medio de prueba para algún resultado definitivo práctico, convenía que se formara un ministerio exclusivamente progresista con el apoyo de los demócratas.

No sabemos si dijo eso el personaje democrata á que nuestro colega se refiere; pero lo que indudablemente manifestó sin reserva, es que el elemento democrático tenía la responsabilidad y no la dirección de la política, lo cual constituía una situación insostenible. Esto es tan cierto, como que por hallarse en un estado análogo la unión liberal se vio obligada á retirarse de toda participación en el ministerio.

Cuida, sin embargo, *La Correspondencia* de advertir que no hay verdadera disidencia entre progresistas y demócratas, y aun se aventura á rectificar por infundado el rumor de disgustos entre los Sres. Rivero y Figuerola con motivo de las apremiantes reclamaciones de los ayuntamientos y diputaciones para que se les envíen fondos.

Sobre esta las personas bien informadas saben perfectamente á qué atenerse.

La Política.

«Hoy no ha habido Consejo de ministros. ¿Para qué había de haberlo, después de planteado en el de ayer la crisis?

Para resolverla se aguarda al Sr. Olózaga, que probablemente llegará pasado mañana. Críesele partidario de la regencia del duque de la Torre con las facultades que le señala la Constitución.

Tan luego como llegue nuestro representante en París, habrá una junta de notables de los tres partidos revolucionarios para discutir y acordar lo conveniente sobre las más graves cuestiones pendientes.

No siendo posible la continuación del ministerio, tal como se halla organizado, se cree que saldrán de él los Sres. Rivero, Moret y Echegaray, y que se completará con elementos puramente progresistas.

Se habla de que un día de estos habrá también una reunión de todas las fracciones monárquicas de la Cámara con el objeto de resolver la cuestión de incompatibilidades, en la que la mayoría del gabinete parece estar por soluciones más amplias que la dada en el voto particular del señor marqués de Sardaña.

La Correspondencia.

La cuestión de transformación de la interinidad ó de soluciones definitivas, parece que fueron planteadas ayer tarde en el consejo de ministros, pero sin llegarse á resultado definitivo que ha quedado para otro día.

Todos los ministros parece que están conformes en un punto: en que esto no puede continuar así, y en que la opinión pública reclama una decisión; pero no se tomó acuerdo sobre la que pueden ó deben dar.

Se hacen grandes elogios de las francas declaraciones que hizo el general Prim, y que revelan su levantado carácter y su lealtad. No se dice, sin embargo, qué declaraciones fueran estas.

Muchos demócratas se mostraban anoche disgustados porque no han dejado el gabinete los ministros correligionarios suyos, y algunos parecen dispuestos á

provocar, en la forma parlamentaria que hallen más conveniente, explicaciones sobre la situación del ministerio y las relaciones entre cimbrios y progresistas.

—La llamada del Sr. Olózaga á Madrid coincide con las quejas que algunos políticos influyentes de Madrid manifiestan en público acerca de la conducta poco eficaz que se atribuye á nuestro embajador en Francia, con los rumores que se hacen circular sobre ciertas intenciones del emperador, y con la noticia dada por el *Teléfono* *Autógrafo* de que en París se hablaba del relevo del señor Olózaga por el Sr. Martos.

Nuestras noticias particulares nos hacen creer que si se ha llamado al señor Olózaga, es para oír de sus autorizados labios declaraciones explícitas sobre la opinión que en las Tullerías domina acerca de las más importantes cuestiones que están llamadas á resolver en breve el gobierno y las Cortes españolas.

—Hoy se decía en algunos círculos políticos que en el Consejo de ayer quedó casi acordado por los Sres. Sagasta, Prim y Ruiz Zorrilla la concesión de facultades y atribuciones al regente. Añadase que los ministros de Hacienda y Fomento hicieron algunas observaciones á la idea, y el general Prim dió seguridades tranquilizadoras. Dícese también que el Sr. Olózaga, á quien se llamó por telégrafo, es partidario de la regencia del general Serrano con atribuciones y facultades.

La circunstancia de que el Sr. Ruiz Zorrilla no asistió al Consejo como se supone, quita gran fundamento á esta versión. De todos modos lo indudable es que no se tomó acuerdo alguno en el Consejo de ayer.

CONTRIBUCION INDUSTRIAL Y DE COMERCIO.

Después de lo dicho sobre el reglamento y reformas de las tarifas en los artículos de este periódico, números 63 y 64, y aun cuando anunciáramos que continuaríamos ocupándonos de tan grave cuestión, decidimos abandonar á los mismos interesados, visto por las publicaciones de la prensa, conforme con *El Eco de España* en la mayoría, que según racionalmente pronosticamos, cundió la alarma de los industriales y comerciantes de Madrid á los de otras muchas poblaciones importantes, preparándose á exponer los perjuicios ruinosos que les causa semejante reforma, de que el Tesoro público no habría de recoger la menor parte del fruto.

Pero hemos sido de los primeros á combatir el artículo 33 del reglamento, y habiendo observado la acogida en un ilustrado periódico, más administrativo que político, del segundo artículo publicado por *La Iberia*, insertándole entero, suprimida la introducción, no podemos menos de evidenciar el error de nuestro colega progresista, que fácilmente hubiera aquel evitado dándole á conocer las aclaraciones posteriores de referencia al art. 7.º del real decreto de 20 de Octubre de 1852, que supone más oneroso que el 33 en cuestión del reglamento.

Sienta *La Iberia* como incontrovertible, hallarse vigente aún el art. 7.º del real decreto de 20 de Octubre de 1852, que establece en su primer párrafo, que el contribuyente que ejerza en un mismo edificio dos ó más industrias, satisfará tantas cuotas como sean aquellas, y añade: «quién dirán, pues, los que se asustan de la reforma, que reduce aquellas cuotas al 25 por 100? Nosotros vamos á revelarles el secreto, si es que lo ignoran: el precepto citado, y no derogado, de 1852, por su extremado rigor y por otras ambigüedades de la ley se eludía con facilidad.»

Con que se eluda, amado colega, y no pagaban los contribuyentes nada por las industrias acumuladas, y por el nuevo precepto, según afirma con desenfado, se les hace el favor de que paguen los tantos por ciento en lugar de tantas cuotas íntegras cuantas industrias se ejercen, que es lo que establecía el antiguo precepto? Estamos enterados.

No basta encerrarse en el párrafo primero del artículo 7.º; lea nuestro colega con detenimiento el citado párrafo, y verá en él muy claro el error en que ha incurrido; y cumplido su mandato.

Puede decirse que está gastado por exceso de uso, el medio que indica el colega, habia y hay todavía de ocurrir á desigualdades sin necesidad de establecer el artículo 33.

«Cuán tarde ha previsto *La Iberia* este medio salvador, permitiéndose la inusitada modestia de atribuirse el reconocimiento de este recurso, á pesar de que ninguno de nuestros colegas (son sus palabras) lo ha alegado como el único argumento aceptable!

No se alega lo que es notorio y sabido, lo que se ha estado practicando constantemente entre los gremios sin que ignoren los industriales el gremio diverso que para contribuir se imputan á su competidor las utilidades de los demás géneros que acumula. Si así no fuera, vendría á ser insignificante la cuota que se repartiese á mercaderes que, teniendo una escasa cantidad de sedas, cintas, hilos, etc., ó de cualquiera otro artículo, comprendido en clase más elevada, funda lo principal de su comercio en jergas, alforjas, costales y otros objetos ordinarios de cañamo y estopa; ni tampoco se corre el riesgo de que espere el industrial á que el gremio haga el reparto para presentar al día siguiente otros artículos. No se pretenda, apreciable colega, oscurecer la verdad, ni valerse de sofismas para defender malas causas.

Cuando el párrafo 4.º del art. 7.º del decreto de 20 de Octubre de 1852 no fuese suficientemente explícito para definir el 1.º, tomémosle nuestro colega la molestia de leer la circular de la dirección general de contribuciones, fecha 24 de Febrero de 1855, ó sea instrucción dada á los agentes investigadores, y hallará en su art. 25 la advertencia cuarta que literalmente es como sigue: «Para clasificar las tiendas, con arreglo al art. 7.º del real decreto de 20 Octubre de 1852, debe observarse, que si en una se vende, por ejemplo, aguardiente, vino y aceite por menor, no han de imponerse diferentes cuotas, sino la que corresponda al género que pague la más alta, según las clases que figuran en la tarifa primera.» Esto aparte de otras aclaraciones.

Sin interrupción hasta ahora ha estado en observancia el orden indicado para la clasificación de almacenes, tiendas y puestos de venta, así como por los peritos repartidores han sido reguladas para designar las cuotas á cada industrial, las utilidades ó productos reportables de los demás artículos acumulados en un solo establecimiento, considerado tal según las circunstancias determinadas en la ley.

Repetimos que no haya temor reserve un industrial para el acto terminado del repartimiento, exhibir los géneros que se propone acumular. Si se diera caso intencionado, se establecería la suscripción en la investigación é interés de los agremiados, no solamente al practicar las averiguaciones y diligencias preliminares, si que también durante el juicio de agravios, y hasta que los repartimientos se aprueban; pero si posteriormente ó durante el año que riga el reparto se agregasen algunos géneros pertenecientes á las clases inferiores á la en que el mercader hubiere sido matriculado, en cuenta se le tendrían para el año siguiente.

Esto es lo equitativo sin la desacertada liberación de pago del primer año, como manifestamos en el artículo anterior del número 63, fundados en que, á excepción de los grandes comercios, profesiones, artes, oficios y fábricas en que para su establecimiento se empleó un gran capital, el tráfico de mediana ó inferior escala apenas vive el año, según el movimiento observado, perjudicando esta libertad absoluta á los industriales permanentes de la propia clase y al Tesoro.

Pero si bajo este solo punto de vista es equitativo y admisible el que después de matriculado un industrial, agregue otros géneros sin aumentarle el gravamen, ha de ser de rigurosa justicia, dada la exención de pago para el incipiente en el primer año y con rebaja en los

Algo de eso mucho que se dice, de eso mucho de que se habla, vamos nosotros á reproducirlo, sin darle otra fé ni más crédito que el que nuestros lectores quieran concederle, teniendo en cuenta que no son otra cosa que rumores del día, ecos de las opiniones políticas más ó menos apasionadas, más ó menos influidas por intereses personales, siempre intransigentes y egoístas. Meros narradores, al hablar de lo que se cuenta, nos encontramos con noticias y hechos que están acaso en contradicción palmaria. No importa: cumplimos con nuestro propósito de darlos á conocer, sin empeñarnos en buscar la deducción lógica, la consecuencia necesaria, el eslabonamiento de ellos, para llegar á una resultante final.

Dícese que en el Consejo de ministros celebrado ayer, lejos de haber la conformidad de pareceres de que *La Correspondencia* habla, fueron los debates en extremo acalorados, sosteniendo sobre todo un señor ministro que ha dado pruebas de verdadero hombre de gobierno, la necesidad de crear aquí estable, de que las corrientes de la política se aquieten, terminándose ese estado de perturbación en que vivimos.

Dícese, como consecuencia de lo anterior, que la crisis ministerial es inminente, y que quedé aplazada para cuando la cuestión de incompatibilidades parlamentarias quede resuelta.

Dícese que la causa de haber desistido la regencia del mensaje de que tanto se ha hablado, obedece á la promesa formal que se le ha hecho de que el país quedará en un breve término constituido definitivamente.

Dícese que cada día es más acentuada la oposición de las huestes del Sr. Martos contra el Sr. Rivero, y que el arreglo hecho por este en su ministerio ha colmado las medidas del sufrimiento de aquellas.

Dícese que en el magnífico asunto de las incompatibilidades, al fin han logrado los Sres. Prim y Sagasta vencer y disciplinar á un número de radicales suficiente para que la cuestión se resuelva de un modo satisfactorio.

Dícese que los exigidos republicanos unitarios se han atrevido hasta á acudir á cierto ilustre personaje con proposiciones que han sido rechazadas como debían. En cambio se dice que los republicanos federales se aprestan á nuevas batallas en el terreno de la fuerza, para lo cual se organizan, se dan el santo y seña, y hay en sus filas cierta agitación y cierto entusiasmo bélico, que siempre han sido precursores de catástrofes.

Dícese que entre cierto grupo ultra-radical ex-republicano y los federales median pactos y alianzas para ayudar á aquel á este con todas sus fuerzas y por todos los medios posibles.

Dícese que el artículo de ayer de *El Imparcial*, tratando de meter miedo á los progresistas, y aconsejando á los ministros demócratas que se retiren, es obra de un alto personaje de este partido, que decía ayer hablando con varios de sus correligionarios: «Si nos hacemos los pequeños, nos comen.»

Dícese que el propósito en un considerable número de diputados de tomar ellos la iniciativa, en un breve término, si el gobierno no la toma, para celebrar una reunión, á fin de que el problema monárquico quede resuelto de una de estas dos maneras: ó con la aceptación del duque de Montpensier, ó con la del duque de la Victoria, uniéndose todos sus votos á lo que la mayoría acuerde. Añálese que para evitar esto, es decir, para seguir como estamos y continuar ganando tiempo, cierto número de radicales busca la manera de que sea exhibida la candidatura imposible de otro príncipe extranjero.

Dícese que la no asistencia del Sr. Ruiz Zorrilla al Consejo de ministros celebrado ayer, tuvo por causa el deseo de no manifestar su disgusto por la marcha que siguen los negocios públicos.

Dícese que el gobierno ha recibido un despacho telegráfico de nuestro embajador en París, participando ser un hecho ya la renuncia de don Isabel de Borbon en su hijo, y que fuerte el partido alfonsista con esta determinación, y apoyado por altas influencias extranjeras, se lanzará á la ruda batalla dentro del presente mes.

Dícese que pasado mañana llegará á Madrid el señor Olózaga, deseoso el gobierno de contar con este alto personaje político para reorganizar las huestes ministeriales y buscar la manera de que se llegue al término de la constitución del país. El Sr. Olózaga quiere además, según se cuenta, manifestar al gobierno los medios poderosos de que el partido alfonsista dispone, sus propósitos, sus planes, y la manera única de contrarrestarlos.

Dícese que, parodiando á Cicerón en su *quogue tandem*, un célebre orador republicano pronunciará en breve un largo y pintoresco discurso contra el gobierno, preguntándole que hasta cuándo ha de durar la paciencia del país; para seguir soportando el peso de tan desastrosa interinidad.

Dícese, por último, que si bien no se piensa en nuevas regencias, ya sean unas, ya trinas, ya con atribuciones, ya sin ellas, porque estos proyectos no han sido del agrado de la casi totalidad de los diputados, cierto grupo radical lo apurará y agotará todo antes de que se constituya el país. Para que esto suceda, es capaz hasta de insistir en su tema anterior de que el Parlamento se disuelva, encomendando á unas Cortes ordinarias lo que él no hizo. Esto es lo que se llama ganar tiempo, y vamos viviendo.

Basta con lo relatado, porque no acabaríamos nunca, si hubiéramos de repetir todo lo que se cuenta. Lo que haya de cierto ó de falso en los rumores de que nos hacemos eco, el tiempo lo aclarará más en breve, porque sobre todas las voluntades y todos los poderes está la fuerza de los acontecimientos que, necesaria é irremisiblemente, nos empuja al término de una situación que no puede prolongarse, y que de una manera ó de otra ha de concluir, porque lo absurdo no puede sostenerse.

Del *Imparcial* tomamos el curioso romance sobre el gran Consejo de antes de ayer. Después de tanto hablar, resulta lo de siempre, lo de *casa ciruelas*. Se habla mucho, y no se resuelve nada.

EL CONSEJO DE AYER.

«Difícil es apreciar las consecuencias políticas que han de surgir por virtud del Consejo de ministros celebrado ayer. En la necesidad de atender al conflicto gravísimo en que se hallan nuestras corporaciones populares por la ineficaz gestión económica del Sr. Figuerola, es natural que el Consejo consagrara su preferencia á este asunto que de un momento á otro pudiera convertirse en cuestión de orden público. Así sucedió, en efecto, acordándose las revoluciones que en otro lugar damos á conocer.

Pero al estado á que han venido á parar las cosas, en presencia de las grandes incertidumbres del porvenir, dada la actitud ya dividida de las fracciones que componen la mayoría radical, el Consejo de ministros no podía prescindir de abordar las cuestiones políticas.

No en vano, pues, hablamos claro ayer, porque creamos llegado el momento de despejar la situación de toda nebulosidad para ofrecer al país más difusos horizontes de los que hoy se presentan á su vista.

Un periódico, sin embargo, ocupándose de nuestro artículo y de los comentarios de que fué objeto, niega que haya surgido la crisis en el seno del gabinete, y dicho está que, siendo *La Correspondencia* el periódico aludido, hay ya seguridad de que nuestras indicaciones, quizá sin autoridad para algunos por ser al fin producto de un criterio falible, corresponden perfectamente á la altura del barómetro político.

Y si no, examínese el resultado del Consejo de ministros, por lo que se refiere á la marcha general de la

situación, y ateniéndose a los informes que se nos han dado.

«Parece que terminada la larga y aun calurosa discusión en que fueron principales contendientes los ministros de Gobernación y de Hacienda, iniciase, no sabemos por quién, la necesidad de tratar resueltamente los complejos problemas que traen dividido y perturbado el campo de la política, y en el mayor desconcierto al país.

«Y tan resueltamente hubieron de hablar los que desean á todo trance aclarar la situación, que bien sea porque el Consejo apreciara como bastante graves las consecuencias de una decisión poco meditada para hacer necesario el concurso de las primeras inteligencias del partido radical; bien porque haya esperanza de hallar más adelante soluciones francas y decisivas, es lo cierto que los problemas se iniciaron, pero no se discutieron; que se reconoció la necesidad de afrontarlos, pero nada se hizo en este sentido; y que como remedio heroico se apeló al sistema socorrido de los aplazamientos, hábiles y provechosos en momentos de calma y cuando el país nada pierde con ellos, pero que en momentos críticos como el actual suelen ser síntomas de una gran debilidad.

«Se aplazó, pues, el instante solemne de las decisiones, aunque tenemos la evidencia de que el aplazamiento no ha de prolongarse más tiempo que el necesario para que llegue á Madrid alguno de los hombres importantes de la mayoría que se encuentra en el extranjero.

«Lo que sucederá en el Consejo magno para entonces anunciado, será temeridad asegurarlo. Tales y tan sorprendentes pueden ser las soluciones que allí se ofrezcan por los prohombres del radicalismo, que no nos maravillaría ver surgir un programa completo de gobierno bastante concreto y decisivo para conjurar los males que el país lamenta, aunque esto nos parece sobrado difícil si nos atenemos á los precedentes del momento.

«Nosotros, que damos más importancia á los hechos que á las personas, y que no pecamos de confiados cuando por exceso de candidez pueda resultar un gran perjuicio para el país y para nuestras ideas, insistimos por lo tanto en que los ministros de origen democrático deban abandonar el poder para dejar que la política siga desembarazadamente por las corrientes que de algún tiempo á esta parte privan en las esferas oficiales y sobre todo en la Asamblea Constituyente.»

Dice *El Universal* que las Cortes están fraccionadas, que con esto cometen el crimen mayor que pueden cometer, que es el del suicidio... y además dice lo que verán nuestros lectores en el artículo titulado:

UNION ES FUERZA.

«Cuando se observa atentamente la marcha de los sucesos políticos, se comprende á primera vista que hay algo en el fondo de la situación actual, que contribuye á esterilizar hechos, que en otras ocasiones y bajo el imperio de otras circunstancias, podrían ser causa de felices resultados; algo que contribuye á destruir los planes más bien combinados, que impiden realizar los más leales proyectos, que ahoga las más nobles aspiraciones, que aniquila la actividad más vigorosa; algo que entorpece y que confunde, que es un obstáculo perpetuo y una perpetua rémora, no para seguir un camino dado, sino para seguir todos los caminos que conduzcan más ó menos directamente al término deseado, al seguro establecimiento en nuestra patria de las instituciones democráticas, y á la perfecta consolidación de la obra revolucionaria.

«Esto que observamos en la marcha general de los sucesos políticos, se observa también en cada caso particular que ocurre. Para resolver las cuestiones más insignificantes se promueven grandes tormentas, y no se restablece la calma sino después de haber gastado en ello mucho tiempo y mucho trabajo, trabajo y tiempo preciosos que se pierden en balde, sin considerar que aquel vá gastando poco á poco las fuerzas, y que este pasa para no volver jamás, dejando en nuestra alma el remordimiento de no haberlo aprovechado.

«La causa de estos males reconoce su origen en la misma mayoría de las Cortes Constituyentes; en la carencia de uniformidad que en ella se nota; en la falta de armonía; en la división que mantienen en su seno unos cuantos diputados que, olvidando sus deberes y la grave responsabilidad que sobre ellos pesa, van á acarrear con su conducta ineficaz el descrédito de la revolución y la pérdida de la libertad.

«Estas divisiones, que van tomando mayor incremento cada día, no han nacido de un sentimiento levantado, sino que han brotado al calor de ocultas luchas personales, han germinado y se desarrollan en la sombra, y cuando llegan á presentarse á la faz de todos, todos comprenderán cuán mezquino es el interés que las mantiene, y cuán pobre la idea que las inspira.

«Estas divisiones son las que todo lo estancan, las que lo inmovilizan todo, y las que con su influjo pernicioso hacen que cunda el desaliento y la desanimación, que pierdan su fé los más creyentes y su esperanza los más optimistas. Con ellas no se puede ir á ninguna parte, no se puede fundar nada estable, no se vive bien el presente, ni se garantiza la vida para el porvenir.

«Contra los que las mantienen, es menester que se unan todos los que en algo estiman la dignidad de la Asamblea, todos los que no deseen ver hundido por completo su prestigio y su autoridad—ya bastante malparados—para permitir que tomen más vuelo, para concluir con ellas antes de que puedan adquirir un carácter mas permanente, antes que venga el día en que se intente en vano sofocarlas, porque ya se hayan apoderado de todos los espíritus y dominado todas las voluntades.

«Ante los peligros que rodean á esta situación, ante los enemigos que la cercan por todas partes, la mayoría de las Cortes, fraccionándose y dividiéndose, en vez de presentarse unida y compacta, comete el crimen mayor que puede cometerse, el crimen del suicidio.

«La alianza entre progresistas y demócratas se mantiene perfecta é inquebrantable en la masa general de ambos partidos. No ocurre lo mismo entre los diputados que componen la mayoría de las Cortes. Nos place consignar aquí que muchos de ellos, comprendiendo las ventajas de esta alianza, procuran conservarla y robustecerla, si es posible; pero también es cierto que algunos, arrastrados por pasiones mezquinas, aunque la aplauden con su palabra, la rechazan en el fondo de su alma.

«Urge que estos males se remedien pronto y eficazmente. Apelamos para ello al patriotismo de los diputados. Aún es tiempo de conjurar los peligros que acarrearía un rompimiento entre progresistas y demócratas. Comprenda de una vez la mayoría radical que solo la unión constituye la fuerza, y que la división es causa de aniquilamiento y de muerte.

SECCION DE NOTICIAS.

La Correspondencia de anoche anuncia el siguiente rosario de cruces:

«Han sido agraciados con la gran cruz de Isabel la Católica, los Sres. D. Fermín Muñoz y D. José Santiago Mendaró, en recompensa de los servicios prestados á la causa de la libertad.»

«Con dificultad se nos podrá decir los servicios prestados á la patria por alguno de estos señores.

«En el pueblo de Arenas del Rey, provincia de Granada, hubo el sábado de la semana pasada un pequeño alboroto entre los paisanos, los cuales soltaron los presos de la cárcel. En seguida se mandó una fuerza del

ejército para hacer entrar en órden á los amotinados. A las pocas horas el órden había quedado restablecido, y los presos que no llegaron á salir de la población fueron nuevamente detenidos y llevados á la cárcel de Alhama. La causa del desórden parece que fué producida por cuestiones sobre la propiedad de un campo de esparto.

«A propuesta del señor ministro de Marina han sido agraciados con la gran cruz de Isabel la Católica, el contralmirante D. Patricio Montoya y D. José Galvez, ministro togado del tribunal del Almirantazgo.»

«Ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica el Sr. D. Rafael Lafitte, vecino de Sevilla.

«Se ha concedido la cruz sencilla de Carlos III al distinguido artista Sr. Giraldoni.»

«Sapómonos que como de costumbre las anteriores cruces habrán sido concedidas libres de gastos.

«Se nos olvidaba citar otra gran cruz de Carlos III, que viene ayer concedida en la *Gaceta* á favor de D. José Ramon Becerra.

«La cuestión de transformación de la interinidad ó de soluciones definitivas, parece que fueron planteadas ayer tarde en el Consejo de ministros, pero sin llegarse á resultado definitivo, que ha quedado para otro día.

«Todos los ministros parece que están conformes en un punto: en que esto no puede continuar así, y en que la opinión pública reclama una decisión; pero no se tomó acuerdo sobre la que pueden ó deben dar.

«Háblase del nombramiento del general Alaminos para capitán general de Filipinas.

«Se van á abrir al público por disposición del señor Abascal los jardines de la plaza de Oriente.

«Siguen á la órden del día los motines.

«Anteayer se alteró el órden en Bobadilla, provincia de Valladolid, en sentido republicano, de cuyas resultas hubo tantos heridos de bala y puñal. Inmediatamente salió de dicha ciudad para el referido pueblo una compañía de cazadores de las Navas para hacer entrar en órden á los amotinados.

SECCION DE PROVINCIAS.

SANTA CRUZ DE TENERIFE, Abril 24.
Sr. Director de *El Eco de España*.

Muy estimado señor mío: El 21 por la mañana llegó á esta el correo de esa Península, imponiéndose con los efectos destructores de la manifestación pacífica de Barcelona. En nada nos ha extrañado ni sorprendido los tales acontecimientos, pues cuando mandan estos liberales de pega, las ilegalidades, las contradicciones y los absurdos abundan al por mayor.

El mismo vapor-correo traía á su bordo al digno general de la armada Sr. Pavia, que fué visitado por diferentes autoridades, como por varios amigos que cuenta en estas islas. También llegó el gobernador civil; arribó que ha puesto muy contentos á los republicanos, pues según de público se dice, tiene la desgracia de ser *cimbrío* avanzadísimo, que es como si dijéramos calamidad y media. Tomó posesión de su destino, é inmediatamente lanzó al público una proclama, manifestó ó papel en que habla mucho, y en la forma que es consiguiente de las excelencias de la Constitución y de la libertad y de otras cosas por el estilo, que sazonzadas á la usanza setembrina, están dando los magníficos resultados que experimenta el propietario, el comerciante, el industrial y el bracero, clase esta última á que van á quedar reducidos todos los españoles, gracias á los incomparables y nunca bien ponderados proyectos retóricos del Sr. Figuerola.

Ayer han empezado las elecciones municipales de esta capital; solo los republicanos se disputan como incautos, la desdicha de ser alcaldes y concejales con un gobierno y una situación como la presente; y hacen bien, porque si no se aprovechan de esta barahunda y desquiciamiento, frescos estaban si aguardaban á ser representantes de algo que no fuera este desbarajuste.

El comercio de aquí está altamente alarmado á causa de la gran introducción de moneda falsa que ha habido en Las Palmas. Mucho se murmura del juzgado y aun de la audiencia; se asegura, entre otras cosas, que la mayor parte de los órdos, y aun el juez, son hechuras de Lopez Botas, y que este es un liberal de fé folio, se entienda ahora, pues antes ya sabe V. lo que fué.

Concluyendo manifestando á V., que aquí todo el que tiene algo que perder, está cansado de este desconcierto, y solo desea que termine pronto esta situación de licencia y escándalo.

Dicen de San Sebastián que hace días se cogieron de un golpe con una red y al lado del puente de Santa Catalina, 46 salmones. Ahora que es la época de que el salmón pase desde el mar al agua dulce á soltar los huevos para su procreación, los pescadores aprovechan la ocasión para cojerlos, así es que cada día y al despuntar las mareas se pescan multitud de salmones en dicho punto.

Se están construyendo, una magnífica y elegante casa de baños en el Arenal, que tendrá cien cuartos; un circo enorme, de mampositeria; dos plazas de toros; y un inglés, llamado Mr. Morley, vá á colocar en la isla de Santa Clara tiendas de campaña, kioscos, asientos rústicos para dar conciertos, bailes y refrescos en la temporada de baños, y al efecto pondrá un pequeño vapor desde el muelle.

De nuestro colega de Valencia *Las Provincias* tomamos lo siguiente:

Hemos tenido ocasión de visitar el centro instructivo que se creó últimamente en el Grao por algunos jóvenes de aquella población, y no hemos podido menos de felicitarlos al ver los desos que muestra nuestra juventud de aprender y adelantar en cuanto le sea posible. Con efecto, en este centro, donde por se pronuncia una sola palabra de política, se han establecido por los mismos socios, católicas de lectura, escritura, matemáticas, dibujo lineal y otras asignaturas, en donde se da una perfecta educación á los que las frecuentan.

Felicitemos sinceramente á estos jóvenes, que merecen la consideración de sus compatriotas, no solo por haber establecido una escuela de esta especie en un pueblo en donde tanto abunda la clase trabajadora, sino por el gran servicio que prestan á su país, difundiendo la enseñanza mútua y gratuitamente.

Nuestro colega el *Correo de Andalucía*, se ocupa en un asunto á que siempre hemos dedicado gran interés, por tener en sí suma importancia: tal es la cuestión sanitaria. Como dice nuestro colega habiéndose presentado el cólera en Constantinopla, donde hace grandes estragos, es indispensable que se tomen las medidas de precaución aconsejadas por la ciencia y sancionadas por la práctica, para evitar convenientemente la importación de dicha enfermedad epidémica en nuestras costas.

En Málaga dejó de lucir el alumbrado público en varias calles hace pocas noches, ignorándose si tal oscuridad la produciría la falta de gas ó la de dinero en el municipio.

El clero de Alcoy no ha querido jurar la Constitución, ni dentro del plazo que marca la ley ni en los dos días que se prorogó.

SECCION EXTRANJERA.

Decíamos en nuestra revista última que en París habían corrido rumores sobre un atentado contra la vida del emperador, y que la policía había detenido con tal motivo á un desertor del ejército procedente de Inglaterra, ocupándole armas y algunos papeles interesantes. Hé aquí ahora los pormenores que acerca de este suceso hallamos en los periódicos de París.

Dice *La Liberté*:

«Ayer á las tres de la tarde se esparció por París la noticia de un atentado contra la vida del emperador. La Bolsa, impresionada momentáneamente, no tardó en responderse, considerándola destituida de fundamento. Nosotros, obedeciendo á altas consideraciones, nos abstuvimos de hacer mérito de ella. Hé aquí lo que hoy podemos decir á nuestros lectores acerca del particular:

Hace días que la policía venía siguiendo el hilo de un nuevo complot. Ayer, á las nueve de la mañana, los agentes detuvieron en la calle de Moulins á un joven, á quien ocuparon un revolver montado, una cantidad respetable de dinero y una carta de Mr. Flourens, que no deja duda alguna acerca del objeto que se proponía.

El joven detenido tiene de veintidós á veintitres años, y apenas interpelado, confesó. En virtud de sus declaraciones, han sido detenidas seis personas en Belleville. En casa de una de ellas se han encontrado una caja de bombas, cuyos efectos serían, según se nos asegura, más terribles que los de las bombas Orsini, varios revolvers, algunos cartuchos y documentos que demuestran la complicidad de *El Internacional* en el complot.

Mr. Lermine ha sido detenido á consecuencia de un discurso pronunciado en los Folies-Bergers.

Esta mañana se han hecho nuevas prisiones. Una de las personas á quienes se quiso detener, se salvó gritando á la multitud: «*Soy republicano... ¡a mí!*»

Se ha dado una órden de expulsión contra Mr. Cernuschi, emigrado italiano que ha querido inmiscuirse en la política francesa.

Continuárase dándose la mayor libertad á la discusión plebiscitaria; pero el gobierno está decidido á reprimir las excitaciones de la rebelión y al asesinato.

Más detalles. Leemos en *El Gaulois*:

«Había sido advertida la policía acerca de algunos hombres sospechosos llegados á París por la vía de Southampton.

Una carta, dirigida á uno de los jefes de la democracia radical, procedente de Inglaterra, obraba además en poder de la policía; pero estaba en cifra y no había sido posible venir en conocimiento de su contenido.

Todos estos hechos fijaron vivamente la atención de la policía, que redobló su actividad.

Se dice que un periódico inglés anunció días pasados que en breve tendría lugar en Francia un acontecimiento grave.

El joven detenido llevaba encima algunos papeles sin importancia, y una nota extendida en lápiz con indicaciones acerca de los pasos que debía dar para ponerse en relaciones con los jefes más activos del partido democrático. Se habla también de una carta de monsieur Flourens.

Durante todo el día de ayer, ha reinado gran animación en los círculos oficiales.

Sin embargo, Mr. Olivier no ha celebrado ninguna conferencia con el emperador, lo cual parece indicar que los hechos de que se trata no tienen la importancia que se les atribuye.

Es verdad que M. Pietri ha pasado la mayor parte del día al lado del emperador, pero también lo es que este hecho se repite todos los días.

Si el emperador necesitase en la cuestión plebiscitaria de un agente activo y poderoso que trabajase en pró de sus intereses, difícilmente hallaría ninguno más eficaz que el partido *irreconciliable*. Sus exageraciones son tan manifestas, tan estrepitosas sus delirios, que no pueden menos de escandalizar y retraer á todas las personas sensatas, aumentando constantemente el número de las que consideran la aprobación del plebiscito, no solamente como la consolidación de la dinastía napoleónica, sino como la garantía más verdadera del órden y la libertad.

Las reuniones públicas de París están dando el ejemplo más lamentable, y allegando al imperio más adhesiones que todas las cartas de Olivier y todas las circulares del comité central para el plebiscito de 1870. No es posible extraer todos los discursos ni reseñar todos los incidentes que ocurren en estas reuniones tumultuosas, tras que, por otra parte, no tiene para nosotros sino un interés secundario; pero como muestra, vean nuestros lectores lo ocurrido en la rue Richer, en la de Bay y en Lyon:

«En el salón de Folies-Bergere de la calle de Richer, se reunieron unos 200 ó 300 voicings, bajo la presidencia de M. Megy, encausado por sospechas de asesinato en la persona de un agente de policía, y M. de Fonvielle tronó contra el feudalismo, diciendo que no había más en Francia que feudalismo del imperio, feudalismo militar, clerical, civil, administrativo. El fogoso tribuno solo ve la república que, á pesar de sus dictadores, no sea feudalismo.

Después de Fonvielle, subió á la tribuna M. Lermine, y después de pedir que se combatiase al imperio por todos los medios, se erigió en juez supremo y leyó una larga acusación contra el imperio, en la que consignaba que, en atención á que Carlos Luis Bonaparte había tomado el nombre de Napoleón III desde el 2 de Diciembre; á que ha hecho prender ciudadanos por hombres tenidos á su sueldo; á que por hombres tenidos á su sueldo ha llevado el saqueo y el asesinato por toda la Francia; á que por sí ó por hombres á su sueldo ha falseado los votos de los ciudadanos; á que hace diez y nueve años que está destruyendo en su provecho ó en el de hombres á su sueldo los fondos públicos; en atención á que en su interés particular y no justificado ha lanzado los ejércitos franceses sobre países no enemigos; á que al poner su efígie en las monedas de Francia las ha falseado y alterado, crímenes previstos por los artículos 302, 91, 97, 110, 114, 84, 85; el pueblo francés condena á Luis Napoleón Bonaparte, llamado Napoleón III, á la pena de trabajos forzados por toda la vida, igualmente que á sus cómplices, en consideración á que para los actos que merecen pena de muerte existe la prescripción.

El comisario de policía que asistió á la reunión, escuchó con la mayor calma la anterior acusación, y luego que M. Lermine terminó su lectura, hizo levantar la sesión y se retiró. La Asamblea se separó cantando la *Marseillaise* y profiriendo amenazas de muerte contra los partidarios del imperio.

En el salón de la Marseillaise fué objeto la clase media de los insultos de los concurrentes. Un empujón, después de un largo discurso, exclamó: «La clase media no tiene corazón; en su lugar tiene una pieza de cien sueldos: arránquemosle el corazón.»

No han sido estos los únicos delirios. En el salón de la calle de Bay, se pidió la muerte del ejecutivo. Entre otros incidentes, el presidente dió lectura de una comunicación, preguntando si era cierto que M. Cernuschi había recibido órden de salir de Francia, á lo que contestó un M. Lebeau: «si el hecho es cierto, pido que el ciudadano Cernuschi vaya acompañado, no solo de nuestras simpatías, sino de nuestras personas.»

En Lyon ha habido también una reunión demagógica, y como el presidente, M. Larrieux, al preguntar si alguien quería hablar en favor del plebiscito, añadió: «Afortunadamente no se encuentra nadie bastante destituido de sentido moral para defender semejante cau-

sa,» se levantó M. Miot á recoger las palabras del presidente declarando que votaría sí, porque consideraba el plebiscito como un gran paso dado por el gobierno en la senda liberal.

No necesitó más el hombre para que se armara un tumulto que le hizo bajar más que á paso de la tribuna sin poder explicar su pensamiento.

Ya hemos dado cuenta á nuestros lectores de la actitud de M. Thiers en la cuestión plebiscitaria; en cambio M. Guizot ha escrito al *Diario de los Debates* una carta en que aconseja el voto afirmativo.

También creemos oportuno insertar la segunda carta que M. Olivier ha escrito á sus electores con fecha 29 del pasado.

«Mis queridos compatriotas, dice, continuemos charlando.

«No pensaba yo que otros que no fuesen los revolucionarios decididos por la república democrática y social, pudiesen aconsejarnos que votásemos contra el plebiscito liberal.

«Me equivocaba no obstante. Se presentan hombres serios que en nombre del órden y de la libertad os dicen que procedáis de esta manera. Veamos sus razones.

«En cuanto al órden no dan ninguna. Me lo explico fácilmente. No es por ventura evidente que si el 8 de Mayo dominasen los nos, nos veríamos condecorados á pesar nuestro, á una revolución ó á una reacción que viene á ser lo mismo, esto es, el desórden?

«Son más explícitos al hablar de la libertad. Escuchadlos. Votando el plebiscito, dicen, la nación daría al jefe del Estado su firma en blanco para resolver todas las cuestiones políticas y sociales.

«¿Es esto exacto?

«Dar á una persona su firma en blanco es tanto como concederle el derecho de hacer todo lo que quiera.

«Y es este por ventura el derecho que otorgaréis al emperador votando la nueva Constitución?

«De ningún modo; antes, por el contrario, será el derecho que le negaréis, puesto que en adelante no podrá alterar nada sin vuestro consentimiento.

«Por consiguiente, lo que votáis es precisamente lo contrario de una firma en blanco.

«¿Cómo es posible que hombres de ley hayan podido equivocarse en esto?

«¿Cómo? Voy á explicároslo aunque se incomoden mucho; porque os consideran como á un inmenso rebaño de imbéciles, que no sabe lo que quiere ni lo que dice, y que está siempre dispuesto á responder sí á todo lo que se le pregunta.

«Sin embargo, alguno de los que han firmado esta notable declaración, debería recordar que cuando como ministro del general Cavaignac, quiso que dijerais si en favor de éste, respondisteis unánimes: *Sí, pero en favor de Napoleón*. También en esta ocasión, amigos míos, díreis *Sí* por Napoleón, que no os desprecia, que os ama, que estima en mucho vuestra opinión, y *No*, por aquellos que os consideran como máquinas de votar, y que creen que un emperador que nada puede hacer sin consultarlos, es árbitro de hacer todo cuanto se le antoje.

«Y luego, admirar su lógica! Si se consultase á los diputados que vosotros nombráis, se tendrían garantías; pero cuando se os consulta á vosotros mismos, que nombráis los diputados, es como si no se consultase á nadie.

«Que se arreglen como puedan. Entretanto, mis queridos compatriotas, recibid, etc.

«EMILE OLIVIER.»

Ha sido nombrado gobernador del cuartel de Inválidos, en reemplazo del difunto general marqués de Lavartín, el teniente general de Martempey. Este distinguido militar fué jefe de estado mayor del ejército en Crimea y en Italia, y ha mandado también en Argelia.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

París 2 de Mayo.

Ayer se han verificado varias prisiones en Lyon y en el Creusot con relación á la asociación Internacional de los trabajadores.

Parece cierta la existencia de un complot contra la vida del emperador con la complicidad de Gustavo Flourens.

La autoridad ha hecho ayer nuevas arrestaciones en París y ha descubierto 22 bombas.

Nueva-York 1.º de Mayo.

Noticias ciertas anuncian que Jordan, comandante de los insurrectos de Cuba, se ha refugiado en Santo Tomás, declarando imposible un buen éxito para la insurrección, por motivo de la falta de disciplina y de las divergencias de opiniones entre los jefes.